



Francisco J. Fernández. *¡EL GRAN PAN HA MUERTO!* de Ernesto Castro. Editorial La Caja Books ISBN:978-84-17496-69-2

### Encastrando a Pan

Últimamente he abandonado mi costumbre de leer o bien a muertos o bien a maestros que me fueron y me he puesto con autores contemporáneos. Así, José Antonio de la Rubia, Óscar Sánchez Vadillo o Pedro Redondo Reyes. No son muchos, pues los vicios comienzan como si nada y acaban como si todo, pero me disculpa el hecho de que sean amigos, e inteligentes y originales. Gente de la que aprender. Pertenece, además, a esa generación mía (categoría más política que sociológica) tergiversada por los maestros que nos enseñaron.

Con Ernesto Castro, empero, apenas he coincidido un par de veces. La primera, en la estación de Linares-Baeza, junto a Concha Roldán, Luna Miguel y Manuel Fernández Checa. Hablamos de Leopoldo María Panero, de la facultad de Zorroaga y de Lycofrón (el sofista) mientras nos comíamos un bocadillo no sé si de calamares o de lomo con pimientos. La segunda, durante la presentación de una de sus obras en una librería cordobesa. Luego nos hemos cruzado algunos correos, le he enviado alguna cosa mía y él su último libro *¡El gran Pan ha muerto! Palimpsestos todológicos* (prólogo de Miguel de Unamuno, Valencia, La Caja Books, 2022), que acabo de terminar. No es por tanto amigo, pero tampoco diría que no lo es. Aunque no es de mi generación (nació en 1990, mi último año de carrera), encuentro afinidades amistosas que van más allá de que sea un *millennial* o como se diga y de que no pudo saber, aunque lo sepa ahora, qué era la UHF, las películas S, o



por qué «las lentejuelas brillan demasiado». Esto es, que no se desayunaba un guardia civil muerto cada mañana ni vio imponerse en el área a Arconada. Es más, no vivió la lucha fratricida entre Karpov y Kasparov ni esperó la reaparición de Bobby Fischer a cada instante. Probablemente, ha gastado esquinajas sin saber que lo hacía y no ha sentido en sus carnes cómo el PSOE se tragaba al PCE como un glóbulo blanco a una bacteria, que cayó en la trampa de la circunscripción electoral provincial para poder ser legalizado, cancamusa que le tendió el tahúr del Misisipi.

Pero la nostalgia es un hablar inexacto y no se trata de eso. Es decir, no se trata de echar de menos nada, sino de recordar que también aquellos tiempos eran intempestivos y por lo tanto anchos y ajenos, tal vez no tan cursis como estos pero casi con seguridad igual de estúpidos. No creo que se pueda pensar/leer/escribir sin tener esa sensación de extrañeza circunstancial, de insatisfacción, de melancolía en definitiva. Las formas de sobrellevarla son múltiples y no todas conducen al desánimo y la pereza: desde el que construye literalmente una fortaleza de libros y se asoma al mundo por un ventanuco (como nuestro común amigo José María Bellido Morillas, citado en el libro) hasta el que hace lo que puede intentando estar al día de lo último que pasa (la última película, la última serie, la última canción, el último libro o el último espectáculo). Creo que Ernesto Castro combina ambas disposiciones y que salga el sol por Antequera. Pero, por una rara consecuencia, su exhibicionismo se acendra y su profundidad se matiza. Esta complejidad espiritual me hace desarrollar una simpatía por sus trabajos que se sobrepone a las objeciones concretas (pocas) que puedan ocurrírseme. Como, por otra parte, apenas si he leído un par de libros suyos, no acabo de perfilarme bien todavía sus propuestas teóricas. Su mayor ambición teórica va



encaminada al parecer hacia cierto naturalismo genérico, en el que sospecho deudas teóricas de Gustavo Bueno. Por el momento, las disquisiciones sobre el nuevo realismo<sup>1</sup> que le he podido leer tienen una virtud evidente: aprovechan su magnífica capacidad para denominar y distribuir, pero resulta que, después de todo, soy leibniziano y las etiquetas siempre me suscitan desconfianza, pues a menudo se convierten en lo etiquetado, desvirtuando las cosas. No obstante, me comprometo a estudiar su tesis doctoral, recientemente publicada (no en vano Quentin Meillassoux es discípulo de Alain Badiou). Seguro que su lectura me obliga a matizar esta objeción liminar.

De hecho, lo que más me interesa en este momento es otra cosa. Tiene que ver con algo que me sorprendió al leer un libro anterior suyo *Jántipa o Del morir* (Madrid, Temas de Hoy, 2022), el primero de tres volúmenes que conformarán una trilogía platónica. En efecto, el hecho de que apostara por el diálogo como forma de presentar sus reflexiones no podía sino celebrarse. Lo último que había leído en este género avejentado fue el libro de Víctor Gómez Pin, *El infinito. En los confines de lo pensable* (Madrid, Temas de Hoy, 1990), y lo penúltimo los tres tomos sobre el lenguaje de Agustín García Calvo, en los que tres personajes (Rueda, Trino y Lina) conversaban sobre sesudas cuestiones gramaticales<sup>2</sup>. Tuve oportunidad de charlar en Córdoba con Ernesto Castro sobre estos particulares y

---

<sup>1</sup>Me llegó una primera noticia del mismo a partir de un breve y acerbo texto de Óscar Sánchez Vadillo, «El malentendido del “Realismo especulativo” o del “Nuevo Realismo”», incluido en *El beso de la finitud. Ensayos de filosofancia en defensa del mundo*, Almería, Kiros Ediciones, 2021, pp. 53-59.

<sup>2</sup>*Del lenguaje* (1979, 2.ª ed. corregida 1991), *De la construcción* (1983), *Del aparato* (1999), publicadas todas ellas en Zamora, Editorial Lucina.



felicitarle por su atrevimiento (salieron a la palestra los nombres de Iris Murdoch, J. D. Salinger, Julio Cortázar o Pío Baroja a la hora de ponderar el tratamiento dialógico que ejercen los novelistas cuando se meten a filósofos, copiando y descaradamente y sin confesarlo las tesis de José Patiño), pero también me mantuve firme en mi convicción de que su *Jantipa* incurría en demasiadas concesiones, concesiones realizadas desde una exterioridad narrativa que se sobreponía a los discursos legítimos de los personajes. En otras palabras, impurezas narrativas. Junto a ello, ideas felicísimas como la consideración de los héroes y la imposibilidad kantiana de que los haya dada la sujeción absoluta al deber que este predicaba.

Cuando *iEl gran Pan ha muerto! Palimpsestos todológicos* ha caído en mis manos no he podido olvidarme de aquellas cuestiones y, en consecuencia, ponerme a detectar si estas cuestiones formales comparecían otra vez. No exactamente. Para empezar el libro es una mezcla heteróclita no solo por los temas tratados, sino por los formatos elegidos. Encontramos obituarios (Toni Domènech, Jesús Mosterín, Miguel Romera), diarios, artículos (de aplausos y pandemias), reseñas, análisis de polémicas (la de Peterson con Žižek), retratos de ciudades (Madrid y más en concreto el barrio de Arganzuela, Barcelona) y un texto principal que se centra en el dios Pan de los antiguos, pero también en Peter Pan, el personaje de J. M. Barrie, o el Grupo Pánico de Fernando Arrabal, Alejandro Jodorowsky y Roland Topor. Por el medio, Marcel Duchamp y Eve Babitz, el ajedrez y poetas ingleses seducidos por ese dioscecillo. El hecho de que los llame palimpsestos tiene que ver con que han sido reescritos en buena parte, pero asimismo con cierta dimensión de fugacidad y provisionalidad de todo texto.

Pero es que, antes de nada, Ernesto Castro se hace



presentar el libro recuperando una estupenda columna de Miguel de Unamuno titulada «Prólogo ejemplar», un cuentecito que publicó el 6 de diciembre de 1909 en un periódico de la época, *Los Lunes de El Imparcial*. He cotejado la versión original con la aquí transcrita y la fidelidad es casi total más allá de cuestiones ortotipográficas. De hecho, lo único relevante es la introducción de un «genio» donde Unamuno había escrito «ingenio»<sup>3</sup>, pero Castro me confirma que la razón es que ha utilizado una versión posterior. Como la corrección de pruebas es algo que se menciona en el propio libro, labor ardua donde las haya (*cfr.* p. 112), constato no obstante un par de erratas: un *alharaca* sin hache y un *abertzale* sin t. Le auguro numerosas reediciones al libro. La editorial tomará cumplida nota de estas observaciones; menores, pero alguna mayor. Por ejemplo, los diagramas de las páginas 91 y 92 están equivocados. No es solo que hayan confundido el figurín del rey con el del alfil, es que toman el de las damas como si fuera el de los reyes, por no hablar de que han colocado un peón negro intruso en la casilla e7. Me temo que los correctores de la obra andan poco duchos en las artes ajedrecísticas y Castro muy confiado en la profesionalidad de los mismos. No se puede uno fiar de nadie. Como la cosa tiene fácil arreglo, tampoco hay que insistir demasiado<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup>Otra discrepancia un poco después. El lector juzgará acerca de la necesidad de esas comas y de la situación de ese pronombre, más allá de quién sea el autor de las mismas. Unamuno: «Y cuando puedo conocerle y verle y oírle y hablar, le dejo de lado sus escritos y me voy a él». Castro: «Y cuando puedo conocerlo, y verle, y oírle y hablarle, dejo de lado sus escritos y me voy a él» (p. 15).

<sup>4</sup>«Si el único que puede formularle correcciones eres tú mismo, entonces nunca tendrás que corregirte, siempre estarás en lo correcto. La corrección solo puede ser pública, colectiva y política, no privada, individual o psicológica» (p. 199). Absolutamente de acuerdo.



Más importancia tiene a mi juicio un sesgo literario que hay que manejar con mucha delicadeza, pues se rebela indómitamente en cuanto se afloja la atención. Me explico. Como Ernesto Castro hace saltar las costuras de los géneros que practica, lo que alabo mayúsculamente, una estrategia que emplea para hacerlo es interrumpir el sujeto de la enunciación. De esta forma, abandona el lugar desde el que está hablando para situarse en otro sitio. Que sea una estrategia más o menos acertada es lo de menos, el caso es que se da. Algunos ejemplos.

En las páginas 116 y 131 empieza párrafo con dos fórmulas parecidas; a saber: «Ahora en serio», «Más allá de la broma». Es un expediente sintomático. Castro se acuerda del lector y le da la clave para entender lo anterior y lo que viene a continuación. Curiosa esa preocupación por el lector en quien practica el sarcasmo y la desfachatez de manera brillante. Me recuerda el manejo de algunos toreros con el toro de escasas fuerzas: se le dan muletazos o capotazos por arriba para no quebrantarlo demasiado. Cuidados parecidos se encuentran en otros lugares. En un caso, para disculparse el latinajo: «Sobre el lema *Acta est fabula* –“la función ha terminado”: la fórmula de despedida del teatro latino que ya vimos en el capítulo sobre los aplausos–, Tabarnia acuñó su escudo» (p. 312); en otro, para perdonarse la pedantería: «Entre las mil aventuras narradas por Castleman destaca el momento de la *asunción hegeliana* –es un decir, una deformación profesional, discúlpame– de los Vandals». (p. 345). Otro más, pero ahora porque no puede resistirse a los excesos de su espíritu burlón: «Volviendo a Marzo –el historiador del arte, no el mes de la guerra–» (p. 314). A mi juicio, estos procedimientos metalingüísticos son engalabernos o empotramientos, que atentan contra la economía del discurso. Además, conllevan



cierto peligro, pues son muy traicioneros. Es como si provocaran cierta relajación especulativa. Ahí dentro se esconde un demonio. Yo he localizado dos o dos y medio.

En efecto, el embrión del primero se encuentra en la página 258 y parece la cosa más inocente del mismo: «En palabras de Ibn Hajar al-Asqalani –a quien podríamos castellanizar, para que nos fuese pronunciable, Abenayar de Ascalón–». Pero sus efectos se hacen notar en la página 32: «En verdad, la etimología de *pas/pasa/pan* es un invento popular. Según los expertos, su nombre procede de la raíz indoeuropea \*peH2-<sup>5</sup>, que no sabría pronunciar, pero sí sé que significa *proteger* y que de ella proceden *pastor* y *Pushan*». ¿Dónde está el problema? Dejando de lado eso de que significa *proteger* (pues no es exactamente eso lo que podemos afirmar, pero no porque signifique otra cosa), el problema no es la pronunciación de la referencia indoeuropea. No es que Castro no sepa pronunciarla, es que es literalmente impronunciable, es decir, que no está representando fonemas sino constatando relaciones (por ejemplo, la *H* hace referencia a una laringal, pero sin que estén claros los rasgos distintivos de la misma), pues el indoeuropeo no es ninguna lengua histórica a la que podamos remitirnos (véase, por ejemplo, el fantástico *Lenguas y protolenguas* de Luis Michelena, *Acta Salmanticensia*, Universidad de Salamanca, 1963).

El segundo caso es solamente un *lapsus calami* causado por la homofonía del principio: «Miguel Romera fue nuestro Diógenes de Sinope. El otro gran Diógenes –el Laercio, no el tirano de Siracusa– debería haber escrito su biografía» (p. 412).

---

<sup>5</sup>Por cierto, el 2 debería ir como subíndice. Lo mismo en página 336: «165.000 m2», aunque de menor importancia porque el lector sabrá reconocer la errata.



Castro ha confundido Dionisio (los Dionisios I y II que maltrataron a Platón) con los Diógenes.

A mi juicio, lo de menos son los errores, sino el hecho de que aparezcan en determinados momentos, a saber: cuando se abandona la *vox loquens* (como diría mi amigo Pedro Redondo Reyes, que es quien me ha ilustrado sobre las reconstrucciones indoeuropeas) y se la sustituye por otra. En revancha, la oración fúnebre por su abuelo (pp. 362-365) me parece todo un hallazgo. De una pureza narrativa que para sí la quisieran Stevenson, Mark Twain o Baroja. Incluso Wittgenstein, que le presta la numeración de sus párrafos para honrar su memoria.

En fin, el texto es tan rico que solo me resta dar cuenta de algunos complementos y quizá algún suplemento, es decir, ideas que al hilo de la lectura se me han venido a la cabeza.

La primera, tan solo una noticia relativa a Juan Belmonte, que podría haber cabido perfectamente en el artículo dedicado a los aplausos. Contaba Chaves Nogales que en cierta ocasión Belmonte se vio privado de los trofeos taurinos porque la gente no pudo dejar de aplaudir y, en consecuencia, sacar el pañuelo para solicitar a la presidencia las orejas y el rabo que le correspondían por mérito<sup>6</sup>. Castro sabrá qué hacer con ella.

La segunda, a propósito de la diferencia política derecha/izquierda, un recordatorio de las virtudes sin nombre de Aristóteles y un momento prodigioso de la *Ética a Nicómaco* donde este especulaba sobre los efectos que la ausencia de denominación del término medio podía acarrear: «Y, dado que el término medio carece de nombre, los extremos se lo disputan

---

<sup>6</sup>Manuel Chaves Nogales, *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.





como vacante» (*Ética a Nicómaco*, 1125 b, edición de José Luis Calvo Martínez, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 142)<sup>7</sup>.

La tercera tiene que ver con el ajedrez y necesariamente he de extenderme más de la cuenta. Así, algunos comentarios acerca de la primera partida entre Kasparov y Deep Blue deberían ser matizados. Está claro que Ernesto Castro ha hecho un esfuerzo por documentarse, por lo que solo en el detalle se aprecian sus insuficiencias. Veamos: «Manténía dos torres [Deep Blue], con las que podía presionar a los peones pasados de Kaspárov. O podía dar jaque al rey blanco, dándose aire y tiempo». La expresión *darse aire* (*Luft*) es aquí impropio. Dentro de la jerga ajedrecística significa dar una salida al rey propio (generalmente enrocado) moviendo algún peón (como en la partida ejemplar Reti vs. Fahrni, Manheim, 1914). En este caso, sencillamente no tiene sentido más que de manera genérica. Pero resulta que Castro la ha elegido porque *sabe* que es un término ajedrecístico.

En cuanto a la jugada 44...Td1, Castro exagera su relevancia y en general la de esta primera partida: «La máquina no podía incurrir en un desliz tan tosco, tan elemental» (p. 92). Daniel King, por ejemplo, decía hace años de manera más circunspecta: «Las negras están perdidas, pero ésta es una forma curiosa de terminar la partida, forzando el avance de uno de los peones pasados. Podría quizá explicarse pensando en que la intención original de Deep Blue probablemente fuese jugar 44...Tf5+, pero en una de las variantes, después de 45. Rg2 o 45. Re2, vio una victoria más rápida con 44...Td1. Esta muestra de humana indecisión resulta muy extraña» (Daniel King,

---

<sup>7</sup>«Los extremos no se tocan por aquellas partes que tienen razón. Ser calificado de facha por la izquierda y de progre por la derecha no te convierte en un maestro zen de la moderación» (p. 239).



*Kasparov contra Deeper Blue*, traducción de Antonio Gude, Barcelona, Editorial Paidotribo, 1997, p. 83). De hecho, fue la segunda partida (la que perdió) y no la primera la que desazonó a Kasparov y la que le hizo jugar por debajo de su nivel en la tercera y la cuarta. La razón de ello es que Kasparov se había rendido en una posición igualada: «Deep Blue no tuvo nada que ver con la victoria», llegó a decir (King, *op. cit.*, p. 127).

Por lo demás, coincido con Castro en la calidad de la novela de Fernando Arrabal, *La torre herida por el rayo* (Premio Nadal en 1982). En la página 25 del libro de Castro, con ocasión de una *performance* en la que participó de adolescente, se ofrecen los primeros movimientos de una partida. Se llega a uno de los momentos de la partida que Arrabal noveló. Por transposición, Arrabal había reconstruido la posición de la partida entre Capablanca y Tartakower (Londres, 1922)<sup>8</sup>, por eso llamada variante Tartakower. En consecuencia, el asombro de Castro puede confundir: «¿Qué hace esa reina ahí [se refiere a 9. Db3]? Cuando lo lea sabré que él mismo critica ese último movimiento. Por ahora juego una partida ignota, secreta, inventada por un loco, con más de una gafa sobre los ojos» (p. 25). Tal comentario está inducido por lo siguiente: Arrabal exageraba en su novela la incorrección de la jugada<sup>9</sup>.

Por último, una revelación. La novela de Arrabal acababa

---

<sup>8</sup>Como en Arrabal nada es casual, *Capablanca* comparte las tres primeras vocales con *Marc Amary* y *Tartakower* la primera sílaba del apellido de *Eliás Tarsis*.

<sup>9</sup>De hecho, lo más interesante de la variante Tartakower es otra cosa: la relación de pareja que se establece entre el alfil de g5 y el peón de b7. En efecto, es verdaderamente difícil saber si hay que cambiar inmediatamente ese alfil por el caballo de f6 una vez sea atacado con h6. Karpov argumentaba que todo dependía de si las negras habían hecho ya b6 o no. En este sentido, Alekhine; Fischer y Karpov solían retirarlo a h4, mientras que Petrosian cambiaba.



con estas palabras de Marc Amary dirigidas a Elías Tarsis: «Como en el Colegio de San Antón de Madrid» (Barcelona, Círculo de Lectores, 1983, p. 270). A ello hace referencia Castro en un momento: «Elías Tarsis es un español nacido en Andorra, huérfano muy joven de ambos padres. Se pasó la vida mortificando a un niño gordo en un colegio para superdotados, creyendo que el gordo había matado a su padre» (pp. 70-71). Todo ello me ha recordado viejos tiempos. Cuando le pasé esta misma novela a mi antiguo amigo Jon Baltza, este me dijo que la escena de los abusos en el patio del colegio le recordaba el de los Escolapios de Tolosa (Guipúzcoa), donde él había estudiado. La descripción del lugar coincidía de manera sorprendente<sup>10</sup>. Una feliz casualidad hizo que unos años después Arrabal diera una conferencia en Tolosa (sobre el sodomita Cervantes y su presunta manquedad; estoy hablando de los años noventa del pasado siglo). Allí que fuimos, allí que lo escuchamos y allí que lo abordamos. Fue extremadamente amable con nosotros y nos confesó que había estudiado en su adolescencia en Tolosa. Nos fuimos pensando que aquel patio novelado no era el del Colegio de San Antón de Madrid (donde estudió efectivamente Arrabal), sino el de los Escolapios tolosarras de sus diecisiete o dieciocho años.

Castro viene diciendo últimamente que quiere abandonar el humor grueso quevedesco para deslizarse hacia uno más cervantino. Los textos aquí recogidos parecen

---

<sup>10</sup>«Le castigaba a permanecer encerrado durante todos los tiempos de recreo en la última letrina de un oscuro y abandonado subsuelo contiguo al tercer patio: era un retrete a la turca, sucísimo y fétido. Nunca se supo cómo llegó a crear esta relación con su compañero. Durante las horas de penitencia de su “esclavo”, Tarsis, como el resto de los alumnos de su clase, jugaba al frontón bajo las arcadas o al fútbol en el patio central, pero cada cuarto de hora corría hacia el antro para cerciorarse de que su prisionero no se había movido de su mazmorra» (*La torre herida por el rayo*, edición citada, pp. 30-31).



El Búho Nº 24  
Revista Electrónica de la **Asociación Andaluza de Filosofía**.  
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.  
Publicado en <https://elbuho.revistasaaafi.es/>

deambular entre una y otra opción. Es hora a mi juicio de decantarse definitivamente por la segunda. En fin, que se me perdone incurrir en écfasis para textos a menudo tan feéricos. Después de todo, la polimatía es necesaria para la filosofía (*pace* Heraclito de Éfeso). ¿O no?

Francisco J. Fernández